

LA NOCHE BUENA DE  
JABODIN

---

EMMANUEL ARENE

Libros Tauro



I

Sin embargo, la verdad es que no puedo pasar una Navidad sin acordarme de mi amigo Jabodin... ¡Cuán vivamente conservamos las impresiones de la infancia! Lo conocí en el colegio. Chico y gordo, buen muchacho, fuerte como un turco, siempre primero en memoria. Nos llegó una mañana, a la hora del estudio, con sus cabellos demasiado largos y sus pantalones demasiado cortos, torpe a más no poder con su cortedad de nuevo. Le pusieron junto a mí en clase, en la mesa y en el dormitorio. Pronto observé que su carácter no era tan franco como su cara: con su aspecto bonachón tenía vivacidades repentinas, inmediatamente calmadas: no le agradaba la contradicción pero era un corazón de oro... Tal como era fue mi mejor amigo.

¡Oh, buenas amistades del colegio! Nos lo contábamos todo. Supe que había perdido el padre, que la madre sólo vivía para él, que no era rico, que quería ser sustituto del prefecto. en Mamers. En cuanto a esto, lo había declarado en plena clase. Un día se nos preguntó cuáles eran nuestras aspiraciones para el porvenir; el profesor decía que era necesario saber encarar fríamente el destino. Cada cual dijo su aspiración; nunca me olvidaré de aquella clase; Fréchoux, el grande, que hoy es escribano, quería ser general; Charpin, afinador de pianos, pensaba entrar en la Escuela Naval - yo me sentía inclinado al telégrafo...

-¿Y usted, Jabodin? -preguntó el profesor. Yo -dijo Jabodin, ruborizándose un poco quiero ser sustituto en Mamers.

Ya se adivinarán las carcajadas.

-¿En Mamers? ¿Y por qué en Mamers?

-Porque... porque sí...

Y nunca quiso decir por qué; pero yo lo sabía... ¡Como que nos lo contábamos todo! Había pasado cierto verano tres meses en Mamers, y estaba enamorado como un animal, de una chiquilla de excelente posición, si no lo tomáis a mal, y que lo amaba también. Se escribían. ¡Cuántas de sus cartas he leído!

do! Ella las firmaba *Gastón*, ¡pobrecita! Jabodin, se lo había recomendado, a causa de la censura, y un día llegó a leerse en una de sus cartas: «tu amada, la que tanto te quiere, *Gastón*». ¡Nunca nos hemos leído más!... Él firmaba Cirilo. Se llamaba Cirilo. Y no podéis figuraros a mi amigo Jabodin, tal como su madre lo había hecho, tan gordo, y con el lindo nombre de Cirilo, dulce como un gorjeo, y que él parecía llevar en un puño...

## II

¡Tristes de nosotros! ¡Cómo nos perdemos de vista! Sólo por una gran casualidad he vuelto a encontrar a mi amigo Jabodin, mucho después del colegio, en una tertulia de la calle de Abukir. ¡Ah, caramba! verdad que estaba algo cambiado: en primer lugar se había casado y no con la chica de Mammers, naturalmente. En cuanto al puesto de sustituto, tampoco había podido componérselas, y correteaba vinos. Estaba algo más gordo que antes, con los pantalones más largos y los cabellos más cortos, pero siempre de buena memoria; me reconoció en dos minutos; nos abrazamos; volvimos a decírnoslo todo, y como era precisamente nochebuena, hete aquí que Jabodin me trinca por un brazo:

-¡No te suelto! Vas a venirte a cenar conmigo.

-Pero, ¿y tu señora?

-¿Luisa? se llenará de gusto... le había prometido que cenaríamos solos... ya comprendes: ¡nochebuena!... Pero tratándose de ti... ¡un antiguo amigo. .. mi mejor amigo!... ¡Se llenará de gusto!

-¡Buen Jabodin!

-¡Mi viejo camarada!

Y echamos a andar a pie para conversar mejor. ¡El animal es lo más feliz! Coloca el vino como si fuera agua, gana lo que quiere, y es el marido de una mujer encantadora, Luisa Garribert, de la casa Garribert, Hermano e Hijo, plumas y flores, quinientos mil francos de dote, esperanzas, un montón de tíos y nada de suegra... ¡todas las satisfacciones terrenales! ... ¡Y se extasiaba! ... Yo, algo desconfiado, lo confieso, esperaba ver para creer.

## III

Aquella noche, pequeña señora Jabodin, estaba usted realmente linda, pero muy, muy linda, con sus grandes ojos claros sorprendidos, su cutis fresco, aquel hoyuelo de la derecha, cuando se reía, los cabellos rubios en rizos sobre la frente, y en la barbilla aquellos tres pelitos de oro, locuelos como usted; llevaba usted un vestidito muy sencillo, azul oscuro con adornos de terciopelo granate, plegado en la cintura, y alrededor del cuello, aprisionando la garganta, ¡qué desdicha! un cuellecito acanutado, y en la cabeza, en el corpiño, a lo largo del vestido todo, plumas y flores... la casa entera de Garribert, Hermano e Hijo...

Señora Jabodin, estaba usted encantadora, y cuando nos sentamos a la mesa todos tres, en el comedor bien abrigado, en torno del inantel tan.



blanco, tan blanco, junto al fuego que cantaba coplas de nochebuena en la chimenea, y que ponía en las mejillas de usted las rosas de Navidad, cuando me ofreció, con su linda mano blanca una rodaja de ese salchichón de Aix, triunfo del ajo, creo que le dije a usted: «Gracias, señora», pero la verdad es que tenía ganas de decir:

-¡Qué animal es este Jabodin!

¡Oh, sí, qué animal era Jabodín! ¿Cómo contarlo?..

Henos a la mesa; afuera hace una noche de perros; en la acera se oyen pasos presurosos, gente que va a cenar, llamados en la calle... «¡Hola, cochero, hola!»... Pero todos los carruajes están ocupados; hay que ir a pie, y los transeúntes corren... corren... Yo, con la satisfacción de aquella cena, me siento enternecido, y Jabodin también, y la pequeña señora Jabodin lo mismo...

-Cirilo, sirve vino, pues... Señor ¿no toma usted un poco más?

¡Pues ya lo creo que tomo, repito de todo! ¡Y Jabodín nos sirve de todos los vinos que no ha podido colocar! ... Y el calor se difunde más vivo, la alegría se sube a la cabeza, y contra los cristales, la

lluvia cae menuda y densa... Las ráfagas silban en el jardín... ¡Delicioso!

La vieja criada trae el asado: pájaros bien ataditos, chorreando jugo, exquisitos...

¡Ah, qué suerte! exclama la señora Jabodin, -¡tenemos becasinas!

-No, querida, y perdona -dice Cirilo -¡son chorlos!

-Vamos, querido, estoy tan segura...

-¡Sí, pichona, chorlos!

-¡Son becasinas!

-¡Son chorlos! ¡Becasinass!

¡Chorlos!

¡Zas!

¡Ah, pobre señora Jabodin!.. ¡Si la hubieseis visto en aquel momento! ¡Una bofetada! ¡Y a los nueve meses de matrimonio! ¡No era eso lo que esperaba la pobre! También ¡cómo lloraba, cómo lloraba! Todavía me parece estar oyendo los grandes sollozos que levantaban las flores y las plumas de su corpiño, sus grititos desesperados:

¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!

¡Y qué silencio el de aquel comedor! La vieja criada, aterrada, llevándose los malditos pajarracos;

LA NOCHEBUENA DE JABODIN

yo, hecho un tonto en mi silla, y Jabodin, confuso, sin saber qué decir ¡Aflictivo!

#### IV

No me quedé allí mucho rato, como comprenderéis. Traté de hablar, de poner paz, pero estaba cortado, faltábanme las palabras, y opté por irme sin decir nada. La lluvia caía más fuerte; ni un alma en la calle; en todas las puertas rumor de comilona y como un perfume de ganso asado que llenara el aire...

Y decir que mi nochebuena había concluido, que tiritaba, solo, entre el lodo, y que iba a acostarme, así, sin cenar... ¡oh, furia la mía!

Al subir por mi calle, en mi cuarto, hasta en la cama y cuando apagué la vela, hubierais podido oírme exclamar:

-¡Oh, qué animal, qué pedazo de animal es ese Jabodin!

En semejantes momentos, bien lo sabéis, uno dice cuanto se lo viene a la boca...

Me había prometido no volver a ver al desdichado, me lo había prometido seriamente, y si no hubiera deseado tener noticias tuyas, mi querida señora Jabodin, volver a ver sus mejillas rosadas después de la borrasca, nunca, seguramente, nunca jamás hubiera puesto de nuevo los pies en aquella casa!

Me creeréis si queréis, pero el hecho es que Jabodin fue perdonado al día siguiente, y cuando, pocos días después, me presenté con un aire adecuado a las circunstancias, lo halló todo en su sitio, al animal de Cirilo más contento que nunca, y a la pequeña señora Jabodin, siempre linda, con su mismo hoyuelo, su pelo rubio, sus ojos claros, sus tres cabellos de oro en la barbilla: pero, eso sí, con un vestido nuevo, y brillantes que no tenía la otra noche; pero eso no tiene nada que ver, y no sé por qué lo cuento!..

Hay un proverbio turco que dice: Mala cosa es una bofetada, y un proverbio árabe: «No abofeteéis jamás. ¿Habría que creer que ni los turcos ni los árabes entienden un palote en achaques de amor? El hecho es que al año siguiente no se vio en parte al-

guna matrimonio como aquél, quizá más unido, más enamorado aun que antes! ¡Muy bien lo sé, qué diablos! los veía todos los días, y hasta, a fin de año, cuando volvió nochebuena, a mí se me encargó la organización de los festejos...

Pero por la mañana, la señora Jabodin roe llamó aparte para decirme:

-¿No habrá becasinas, verdad?

Dos días antes, Jabodin me había dicho:

-¡Sobre todo, querido, que no haya chorlos!

V

¡Ah, no necesitaba usted decírmelo, pequeña señora Jabodin, ni tú tampoco, animal de Cirilo! Ni becasinas ni chorlos. ¡Tendremos un buen pavo con castañas, el pavo de todo el mundo, y nadie podrá equivocarse! Todo lo preparo con la vieja criada, corro los almacenes, hago y deshago. Y la noche de nochebuena, a las doce en punto, cuando el fuego está bien encendido, la mesa puesta y todo en orden, hete aquí que se abre la puerta del salón, y la vieja, de delantal blanco, servilleta en mano, muy digna bajo las bandas negras de su peluca, exclama:

-La señora está servida...

Entonces, lo que pasó aquella noche no es creíble, pero no hay qué decir, ¡yo estaba presente! cuando terminamos con el pavo y esperábamos la ensalada, sin decir palabra, satisfechos de nosotros

mismos, hete aquí que Cirilo se levanta, se acerca a la pequeña señora Jabodin, y le da un beso, un beso!... Estaba enternecido: primero, la excelente cena, y luego, el recuerdo del año anterior, de aquella escena que tanto sentía...

-Y cuando pienso -dijo de repente, - que el año pasado, por unos miserables chorlos...

-Becasinas, querido, becasinas...

-¡Oh! no, querida; lo he preguntado, eran chorlos...

-Yo también he preguntado, querido, eran becasinas...

-¡Eran chorlos!...

-¡Eran becasinas!..

-¡Chorlos!...

-¡Becasinas! ...

¡Zas!

Esta vez era realmente horrible. No había nada más que hacer. ¡Dos bofetadas en dos años! ... Era demasiada regularidad.

La pequeña señora Jabodin no lloró; se levantó bien erguida, algo pálida, con un estremecimiento en las naricitas, y se volvió hacia mí:

-¡Caballero, le tomo a usted por testigo!



Se Puso el sombrero, un sombrerito delicioso, plumas y flores, de atar a un lado y haciendo juego con el vestido, tomó su abrigo de pieles que le caía hasta los pies, y salió.

Hacia, precisamente, una noche soberbia, y la calle estaba atestada de carruajes; tomó uno y durante tres largos minutos lo oímos rodar sobre el pavimento seco...

Al día siguiente, como es lógico, el animal de Cirilo recibía de la casa Garribert, Hermano e Hijo, (plumas y flores, importación y exportación) una carta de las más dignas, a la que no tardó en seguir el papel sellado.

Pronuncióse el divorcio contra él con considerandos terribles, a la salida de la audiencia se hizo una soberbia ovación a la Pequeña señora Jabodin, «la víctima», según dijo su abogado, y fue necesario arrancar a Jabodin de entre las garras de la multitud que quería descuartizar al asesino»...

Después no lo he vuelto a ver sino una o dos veces; es un hombre perdido, completamente embrutecido por el ajeno. En su barrio, todo el mundo le teme, le señalan con el dedo, cuando sale, siempre vacilante, flaco, mugriento, desarrapado.

-¡Es el bárbaro -dicen los vecinos, -que intentó matar a su mujer!..